

PIDE UN DESEO

Escrito por W. Ama

Gretta, Paula, María, Blanca y Celia han terminado sexto de Primaria y lo van a celebrar con una fiesta de pijamas en la casa del árbol. Allí darán comienzo al verano, mientras preparan un emocionante viaje.

Sin embargo, algo pasa en la familia de Gretta que podría alejarlas de sus propósitos. Además Paula y su equipo no pasan por un buen momento y solo siendo sinceros podrán superar sus problemas. Ante tantos contratiempos, las chicas no se darán por vencidas y sumarán sus fuerzas para tratar de alcanzar sus sueños.

¿Será verdad que el poder de un deseo compartido es más fuerte que cualquier problema?

Lectura de 8-9 a 11-12 años. Literatura Ficción. Libros para niñas y niños.

*Dedico esta historia
a quienes confían
en que sus deseos se pueden cumplir.
W. Ama*



Capítulo 1

Mensaje volador

Gretta cerró el cuaderno y se levantó a recoger el papel que acababa de entrar por el balcón. Hacía menos de cinco segundos, aquel papel con forma de avión había cruzado su habitación y chocado con la lámpara del techo. Ahora había aterrizado sobre la alfombra y Mufy, después de olerlo, lo movió con la pata varias veces, como preguntándose qué era aquello.

–¡Mira! –se sorprendió Gretta–, hay algo escrito.

La chica enseguida reconoció la letra de Paula, pero antes de leer el mensaje, quiso salir a la terraza de su cuarto, desde donde se veía el jardín.

–¡Hola! –Gretta saludó a Paula y a Blanca desde arriba –. Creo que se os ha perdido esto. –Señaló el papel.

–¡Léelo! –dijo Paula mientras hacía girar sobre su dedo una pelota de baloncesto.

Gretta estiró de una de las alas, y el avión de papel se abrió, dejando al descubierto el mensaje completo:

¡Te esperamos!
Última oportunidad
para que nos acompañes, ¿bajas?
Firmado: Paula y Blanca.

Gretta se pasó la mano por la frente, un poco apurada. Le hubiera encantado estar libre ese domingo para acompañarlas y poder animar a Paula en el último partido de la liga, que era contra el temido Villa Teca. Con prisa, Gretta bajó las escaleras, salió de su casa y se reunió con sus amigas en el jardín.

—¡Lo siento mucho, pero no voy a poder ir al partido! —dijo Gretta afectada—. Aún estoy terminando el dibujo de Plástica y tengo que estudiar para el examen final de mañana.

—¿Aún no has acabado el dibujo? —preguntó Blanca extrañada. A Gretta le encantaba dibujar y solía hacer esos deberes los primeros.

—No, todavía me falta la mitad. No sé qué me está pasando este final de curso que me cuesta concentrarme —dijo Gretta preocupada.

—Venga, ánimo un poco. —Paula apoyó la mano en el hombro de su amiga—. Seguro que consigues acabar todo hoy, ¡tú puedes!

—La verdad es que no me he organizado nada bien —reconoció Gretta apenada—, y ahora no puedo ir al partido.

—Bueno, ya sabes que me hubiera gustado que estuviéramos las cinco juntas en la final de baloncesto. Pero, mira, como Blanca sí va a venir, me animará por todas —acabó diciendo Paula para que Gretta no se sintiera mal.

—Qué bien que puedes ir, Blanca. —Gretta sonrió un poco—. Además, has hecho una pancarta e incluso llevas tu gorra azul de la suerte, tu favorita.

—Sí, aunque Paula no cree en estas cosas —Blanca se ajustó la visera—, os aseguro que esta gorra siempre da suerte. —Guiñó un ojo antes de continuar—: Así que el equipo de Paula solo puede ganar.

Paula hizo un gesto con la mano, como diciéndole que se dejara de supersticiones.

–Supongo que Celia y María también irán al partido, ¿no? –quiso saber Gretta.

–No, no pueden –dijo Paula resignada–. Celia tiene una celebración familiar. Creo que dijo que era el cumpleaños de su abuela, y se juntaban con sus primos.

–Y María iba a ayudar a su madre con los últimos detalles de la furgoneta de los helados –continuó explicando Blanca–. ¡A final de semana comenzará a venderlos por el barrio!

–¡Ohhh, eso es una gran noticia! –Se ilusionó Gretta.

–¡Este verano pienso probarlos todos! –dijo Paula–. Aunque tenga que hacer una fila de media hora.

–Este verano «Helados Nadia» va a triunfar –dijo Blanca mientras la boca se le hacía agua.

–¡Y para nosotras va a ser un verano inolvidable! –exclamó Gretta–. ¡Ay, qué ganas de acabar Sexto y que lleguen las vacaciones!

–Ya, pero ¡qué nervios! –No pudo evitar decir Blanca–: El año que viene iremos a Secundaria.

–Tú piensa que será como ahora: todas juntas, pero en la ESO –opinó Paula, que seguía haciendo malabares con el balón.

–Sí, pero igual la ESO es más difícil, hay que estudiar más... no sé, a mí me da un poco de miedo –explicó Blanca su intranquilidad.

–Bueno, eso no lo sabemos, así que será mejor no adelantar acontecimientos. –Paula botó la pelota–. Centrémonos en el ahora, en este preciso momento.

–Eso me ha recordado una frase. –En un poema, Blanca había leído una frase y le había gustado tanto que la había copiado en una hoja y colgado en el corcho de su habitación–: *Carpe Diem*.

–¿Y qué significa *Carpe Diem*? –preguntó Paula intrigada.

–Es una frase en latín y significa «vive el momento» –explicó Blanca–. Y justo hace referencia a lo que tú decías: a que no adelantemos acontecimientos y a que vivamos en el momento presente. En el ahora.

–Ah, pues me gusta –asintió Paula mientras repetía *Carpe Diem*, para memorizar las dos palabras.

–Chicas, se me está ocurriendo una cosa. ¿Y si hacemos algo especial para celebrar que hemos terminado Primaria? –propuso Gretta.

A Gretta le hacía mucha ilusión comenzar la ESO, aunque también le generaba inseguridad. Reconocía que Primaria había sido una etapa genial, y por eso quería despedirse de esos seis cursos tan buenos haciendo algo especial con sus amigas.

–¡Sí! Qué buena idea –se ilusionó Blanca–. Aunque ahora mismo no se me ocurre cómo lo podríamos celebrar. –La chica se quedó pensando.

–A mí tampoco se me ocurre nada –dijo Paula que solo tenía en la mente el partido de baloncesto–. Tal vez lo podríamos pensar mañana en el colegio.

–Vale, mañana lo hablamos entre todas –dijo Gretta–. Quizá en el recreo tengamos tiempo.

–Eso, empecemos la semana con cosas ilusionantes –Blanca sonrió–, y así se nos pasará más rápido, ¡que el jueves es el último día de cole!

–Eh, Blanca, recuerda: *Carpe Diem* –le susurró Paula mientras miraba su reloj–. Hoy es domingo y nosotras ahora nos tenemos que ir ya.

–¿Quién os lleva? –dijo Gretta.

–Mi madre nos llevará hasta Villa Teca de la Sierra en coche –Paula guardó la pelota de básquet en una red–, y tenemos al menos una hora de viaje.

–¡Qué bien!, entonces tu madre también va a poder animar al equipo –dijo Gretta más tranquila.

–No, ella nos dejará en el pabellón y luego se irá a hacer unos recados por el pueblo –explicó Paula.

–Yo os animaré desde la distancia –dijo Gretta antes de entrar en su casa–. ¡Que vaya muy bien el partido!

–¡Gracias! –exclamó Paula–. Lo haremos lo mejor que podamos. ¡Chao!

–¡Adiós, Gretta! –Blanca se quitó su gorra de la suerte y la movió en el aire para despedirse.

–¡Ah, chicas, por cierto! –Gretta miró el avión de papel –. Me encantan los mensajes voladores, pero la próxima vez podéis llamar al timbre...

Paula y Blanca se echaron a reír.

–Lo cierto es que llamamos al timbre y salió a abrir tu padre –comentó Blanca–, pero nos dijo que no estabas en casa.

–¿Que no estaba en casa? ¡Pero si estaba arriba haciendo los deberes! –se sorprendió Gretta.

–Ya, le iba a decir que te habíamos visto por el balcón, que lo tenías abierto –añadió Paula–, pero antes de que yo pudiera abrir la boca, él ya había cerrado la puerta.

–¿Así, sin decir nada más? –A Gretta le extrañó.

–Sí, ni siquiera levantó la vista del periódico –comentó Blanca–, parecía muy concentrado leyendo.

–Qué raro... –dijo Gretta, pues su padre siempre era muy amable con sus amigas.

¡Piii-piii-piii! ¡Piii-piii-piii!

El claxon de un coche sonó varias veces. La madre de Paula bajó la ventanilla y les hizo un gesto con la mano señalando su reloj.

–¡Adiós, Gretta! –Las dos amigas corrieron hacia el coche–. Nos tenemos que ir ya.

–¡Espero que gane tu equipo, Paula! –Gretta levantó la mano al despedirse.

Capítulo 2

Algo pasa

Cuando Paula y Blanca llegaron al pabellón del Villa Teca se quedaron muy sorprendidas: aquello, más que el comienzo de un partido, parecía una fiesta.

Las gradas estaban repletas de personas que animaban al equipo local. Unas cantaban canciones y otras agitaban banderitas de colores entre hurras y aplausos. Era como si los seguidores del Villa Teca, que sabían que su equipo era el mejor de la liga, estuvieran celebrando la victoria por adelantado.

–¡Menuda fiesta! –exclamó Paula ante tanto jolgorio.

Justo al decir eso, una nube de confeti le cayó por la cabeza, y la chica se pasó la mano por la coleta para coger unos cuantos papeles de colores.

–Pues no sé qué celebran tanto: el partido está aún sin jugar. –Blanca se encogió de hombros–. En fin, yo me sentaré en esas gradas y desde allí os animaré.

Paula se despidió de Blanca y se reunió con su equipo. Cuando llegó al banquillo, dio un salto y se plantó frente a los demás.

–¡Hola, chicos! –Paula dejó sus cosas en el banquillo y saludó muy contenta–. ¡Por fin vamos a jugar contra el Villa Teca!

–Hola –le contestó Rosa mirando a las gradas afligida y triste–. Sí, ya ha llegado el gran día, pero es un poco frus-

trante: ¿te has dado cuenta de que casi nadie nos ha venido a ver?

–Ufff –Vicente hizo una mueca de decepción–, y encima el entrenador Mateo está tardando lo suyo.

–Ni público, ni entrenador –resumió Eva mientras terminaba de atarse los cordones de las zapatillas–. Menudo partido nos espera.

Paula enseguida se dio cuenta de que los ánimos del equipo estaban por los suelos. Ciertamente, su equipo apenas contaba con espectadores, no ondeaba ninguna bandera y, salvo por los aplausos de Blanca, allí no les animaba nadie.

–Ya, bueno –Paula dejó caer los confetis que se había guardado en la mano–, pero nuestra meta es jugar este partido, con o sin público.

Mientras tanto, Blanca estaba en las gradas colocando una pancarta que había preparado para animar al equipo. La enganchó en dos asientos vacíos, estiró la tela y leyó, sonriente, lo que había escrito:

La unión hace la fuerza.

¡¡¡A ganar!!!

Luego, con la sonrisa aún en la boca, se ajustó su gorra azul y miró hacia el banquillo, preguntándose si se vería bien desde allí.

Blanca buscó a Paula con la mirada. Le preguntaría, por señas, si se leía bien el cartel. A una mala, podía repasar las letras con el mismo rotulador negro con el que había escrito la pancarta.

Sin embargo, antes de poder preguntar nada, antes siquiera de abrir su mochila para coger el rotulador, Blanca

se dio cuenta de que algo estaba pasando en el equipo de Paula.

Pese a que su amiga había llegado muy contenta al pabellón, ahora se mostraba preocupada y enfadada. No paraba de negar con la cabeza mientras hablaba con Vicente, el capitán del equipo. Blanca pensó que, tal vez, el equipo estaba nervioso y que el estrés había desatado el lado más enfadón de cada jugador.

En cierta manera, Blanca entendía la intranquilidad del equipo: si perdían ese partido, bajarían de categoría. Además, seguramente también perderían el patrocinador, que les proporcionaba las camisetas y les pagaba algunos gastos.

Blanca miró impaciente su reloj. Estaba deseando que comenzara el partido. Solo faltaban diez minutos y en el pabellón ya estaba casi todo preparado.

Alguien había terminado de pasar una enorme mopa por el suelo de madera de la pista, para que ningún jugador resbalara, y ahora se disponía a poner a cero los marcadores.

También los jueces habían ocupado sus puestos y se habían sentado junto a la mesa, desde donde verían el partido, rellenarían las actas y contarían el tiempo.

Un árbitro se acercó a la mesa muy apurado y, con prisa, entregó a los jueces una pequeña caja. Dentro estaban las fichas de los jugadores con todos sus datos: nombre, dirección, teléfono y una fotografía de carné. Una vez los jueces comprobaran los datos de cada participante, el partido podría comenzar.

A Blanca le pareció que todo seguía el orden normal de un partido cualquiera.

Pero, sin embargo... mientras el entrenador del Villa Teca daba las últimas instrucciones a sus jugadores, el

equipo de Paula seguía esperando a su entrenador. ¿Por qué no había llegado todavía?

—¡A GANAR! —Un seguidor del Villa Teca se levantó de su asiento con mucho brío y empezó a aplaudir tanto que las manos se le pusieron rojas—. ¡Sois el equipo campeón!

Blanca quiso hacer lo mismo, gritarle al equipo de su amiga que eran los mejores, aunque lo cierto era que en la liga no les había ido muy bien.

Aun así, al mirar al equipo, Blanca se sintió muy orgullosa. No precisamente por su puesto en la clasificación, sino por la unión y lealtad que siempre habían demostrado. Al margen de los resultados, en cualidades tenían un diez.

—¡Sois los mejores! —Blanca aplaudió con timidez mientras los miraba uno por uno—. ¡La unión hace la fuerza!

Allí estaba Eva, con su forma de ser desenfadada y siempre dispuesta a ayudar a los demás. A Edgar, el chico del otro colegio, no lo conocía mucho, pero parecía buen compañero, pues solía estar pendiente de todos y trataba de echarles una mano.

También estaba Vicente, el capitán del equipo, que era tal alto como generoso, y Rosa que, aunque esa mañana no estaba animada, solía poner tanta ilusión en lo que hacía que transmitía entusiasmo alrededor.

Y Paula, claro, ¡qué decir de su amiga a la que tanto quería! Siempre tan positiva, pensando en lo mejor, no dejándose arrastrar por el pesimismo.

Blanca, al pensar en todas estas cualidades, aplaudía con más ganas. ¡Estaba tan orgullosa de cada uno de los jugadores del equipo de Paula!

Sin embargo, ese domingo, Blanca se había dado cuenta de que algo no funcionaba en el equipo. Los jugadores, que siempre habían estado tan unidos, ahora no

paraban de hablar en una actitud un poco brusca, como si estuvieran discutiendo.

¿Qué les estaba pasando? ¿Qué problema tenían? ¿Era todo consecuencia del miedo a perder? ¿O estaban nerviosos porque el entrenador no había llegado aún?

Blanca, intrigada, volvió a mirar al equipo. Ahora, justamente, se había acercado alguien hasta el banquillo y parecía que se iba a hacer cargo de ellos.

–Sí –pensó Blanca en voz alta–, debe de ser un entrenador suplente.

La chica se alegró al pensar que, con la llegada del nuevo entrenador, las diferencias que esa mañana había entre los jugadores se limarían, y todo volvería a la normalidad: a la unión y al compañerismo.

Pero, para su sorpresa, el entrenador suplente, en vez de poner orden, lo que se había puesto era a hablar por teléfono.

–Soy Óscar –les dijo a los jugadores mientras se apartaba el teléfono de la oreja–. Siento decirles que Mateo no puede venir. Le ha surgido un imprevisto y ha tenido que salir de viaje.

Los jugadores, preocupados, comenzaron a murmurar, preguntándose qué le habría pasado al entrenador.

–Pero no os alarméis –les dijo Óscar–, yo os asistiré en este partido. Ahora si me disculpáis... id calentando, que tengo que atender esta llamada.

Todos se quedaron decepcionados al ver que el entrenador suplente no les hacía ni caso. Aunque, en realidad, ese era un problema menor. El verdadero problema era otro.

Y Blanca, en cuanto se fijó en el número de jugadores que había, se dio cuenta de lo que ocurría.